

Bellífica

José Natarén



COLECCIÓN
VOCES QUE
CUENTAN





Dr. Oswaldo Chacón Rojas

RECTOR

Mtra. María del Carmen Vázquez Velasco

SECRETARIA GENERAL

Dr. Florentino Pérez Pérez

SECRETARIO ACADÉMICO

Dr. Felipe de Jesús Gamboa García

SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Mtra. Mónica Guillén Sánchez

SECRETARIA DE IDENTIDAD Y RESPONSABILIDAD

SOCIAL UNIVERSITARIA

Mtro. Gabriel Velázquez Toledo

DIRECTOR EDITORIAL

BELLÍFICA

COLECCIÓN
VOCES QUE
CUENTAN 

Bellífica, de José Antonio Natarén Aquino, fue editada e impresa por la Universidad Autónoma de Chiapas. Ingresó a proceso en la Primera Convocatoria "50 para el 50", 2024 y fue dictaminada por el método de doble ciego.

Dirección editorial: Mtro. Gabriel Velázquez Toledo
Ilustración de cubierta: Paul Desire Trouibellert (1809-1900).
Le charmeur de serpents (fecha desconocida). Óleo sobre lienzo, 175.2x120 cm. Colección privada (detalle).

Edición, corrección de estilo y diseño de interiores.
Cubierta y cuidado: José Urióstegui

1ª. edición 2024

Inscrita en el Registro Público del Derecho de Autor, SEP
con el número: 03-2024-121810354200-14

ISBN Digital: 978-607-561-334-5

D. R. © Arcelia Lara Covarrubias, *Ensoñación telúrica*
en la poesía de José Natarén

D. R. © José Antonio Natarén Aquino

D. R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIAPAS



Boulevard Belisario Domínguez km 1 081, sin número, Terán, C. P. 29050, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
Miembro 3932 de la Cámara Nacional de la Industria Editorial; de la Red Nacional de Editoriales Universitarias y Académicas de México, ALTEXTO, y de la Asociación de Editoriales Universitarias de América Latina y El Caribe, EULAC.

El diseño y composición de interiores y cubierta de esta obra son propiedad de la Universidad Autónoma de Chiapas Editada e impresa en México / *Edited and printed in Mexico*

BELLÍFICA

JOSÉ NATARÉN

VOCES QUE CUENTAN



CONTENIDO

Ensoñación telúrica en la poesía de José Natarén	XI
--	----

Arcelia Lara Covarrubias

BELLÍFICA

I. MISTERIO DE LA LUZ	3
Me perturba el misterio de la luz	5
Me reconozco en el insomnio del vidente.	6
La bella de la zarza	7
Cigarras acechan las murallas,	8
Inicia el incendio en templo de cristal	9
La serpiente recorre la penumbra.. . . .	10
El heraldo avanza como el miedo y la marea	11
Entre sueños escucho:	13
Descifro la palabra que se oculta	14
La bella de la zarza	16
Abofeteo al durmiente	17

II. ¿QUIÉN ALZARÁ AL BOSQUE?.....	19
¿Quién es el autor del mar y la memoria?	21
¿Quién reconoce al ángel epiléptico	22
¿Quién llama a la puerta?	23
Herido hasta el silencio	30
Aquí, en la caricia de la sogá bienhechora	31
Alguien dice	33
 III. PALABRAS, PALABRAS, PALABRAS	 35
El miedo no enmudece	37
La palabra cabalga este sueño.. . . .	38
En la estación de las venganzas	39
Si con flagelos de fuego	40
El hombre mudo despierta en la jaula	41
Atravieso cuarenta y nueve noches	42
 IV. FALSO FUEGO	 43
Al cielo desafío	45
Colmena en llamas	46
Canta la hechicera y su canción embruja.	47
Al despertar del sueño.	48
En fuga se disuelve, la luna en agonía	49
En el nudo de la horca.	50

V. CASTA DE CUMAS	51
Frente a la puerta de la estancia antigua	53
Cuidado en el sendero de la sabiduría	56
Furioso fulgor de soles en celo	59
La visión persevera	60
Sea tu condena, Amada, el cautiverio	61
 VI. DE SOL CANSADO	 63
¿Qué somos?.....	65
Hurgamos en la noche.....	66
Con cien manos extintas.....	67
Buscamos en la noche nuestros rostros	70
Buscamos nuestro rostro sombrío por el mundo	70
Al fin se abisma todo hasta la noche:	71
Resaca de ternura	72
Me sumerjo en la imagen del relámpago	73
Despierto	74
Desaparecemos	75
 VII. BELLÍFICA	 77
Ingrávida y marmórea, virgen crudelísima	79
La virgen de la zarza cierra el paso	80
En sueños, el cielo centellea,	81

Aquellos días..	83
Ahora somos uno y dos y tres,	85
Te observo en la cima del instante.	86
Entonces, nos traspasa la nobleza de la herida,	90
Contra el tedio y la desdicha, la Bella	92
Cuando culmine el vértigo del mar	94
Nada permanece más allá del signo estelar sobre los labios	95
“Teme la mujer que caiga un meteoro cuando aún no tiene edad para morir”	96
Olvida al primogénito que nunca nacerá	97
Bellífica.	98
Bellífica:	100

ENSOÑACIÓN TELÚRICA EN LA POESÍA DE JOSÉ NATARÉN

ARCELIA LARA COVARRUBIAS

Leemos los poemas de José Natarén como una obra episódica que bien podría conformar una composición musical, tal vez una sonata, en que las partes pueden escucharse de manera aislada, con variaciones que matizan y divagan, pero en la que algunos tópicos se repiten como un estándar autoalusivo y que indudablemente configuran una unidad.

Los versos “la furia del relámpago resuena/ el trueno que sale de su boca”, nos recuerdan al atribulado Job cuando dice “Truena Dios maravillosamente con su voz; Él hace grandes cosas, que nosotros no entendemos” (37: 5), y acaso no sea tan diferente del Zeus que lanza rayos, el rayo adquiere sentido hierofántico pleno; el filo del oxímoron que enumera a modo de letanía “el astro de tiniebla se derrumba,/ rota torre, derriba nuestro cuerpo/ vaso de sombra, cáliz del dios ciego/ de amor enfermo” indica la contradicción fundamental de la creación: el sol se oscurece y deja de ser el astro rey (se derrumba); la torre (alta por excelencia como apuntaba Borges) se rompe —cierta resonancia del zigurat mesopotámico

se mezcla con la torre de Babel— y dios es indiferente (ciego) a su creación en la que, irónicamente, en tanto que Destructor, se refleja.

El desánimo, desesperanza y desconsuelo impregnan ciertos versos con opacidad perentoria. Aunque algunos poemas de Natarén manifiestan infinita desolación, su lirismo no corre por el derrumbadero sentimental; su industria verbal tiene un carácter diferente al regodeo en el sufrimiento; no se trata de impudicia martirológica. En lugar del llanto de la plañidera, el poeta elige recursos más complejos, acaso intelectuales, en el que la adjetivación se convierte en bisturí en los cortes distales de la experiencia suicida.

Abunda en los poemas la calificación por oxímoron; por ejemplo, “terrible inocencia”, en la que el calificativo niega una de las cualidades del sustantivo. En otras ocasiones el calificativo genera una representación mental muy vívida: “luz inédita”, “relámpago en la zarza”, “serpiente macabra en roja danza”. Son ejemplos de carácter visual; pero también hay otros casos en los que domina el oído: “susurro en el vacío”, “mudo largometraje”, y otros de ausencia de sonido. Las imágenes usadas por Natarén no involucran de manera primordial los sentidos, sólo de modo deíctico, como señales, porque la intención es formar un ente que, como tal, no existe en la experiencia.

No son pocos los versos en los que el adjetivo va formando una trama en la que a un sentido figurado se suma otro y a éste, otro. No podríamos leer el verso “Caravana de espectros en fuga de sus ojos” desde un estricto literalismo ni segmentándolo en visiones e interpretándolas

por separado. La ruta de la muerte se transita en la desnudez (en el poema, despojarse de los recuerdos espectrales), idea semejante a la del mito en que la llama de la memoria va apagándose en su recorrido por el Leteo, el río del olvido.

En algunos momentos las visiones se traban con otras figuras, como en los versos “¿Qué herida más sangrante que esta luz? / ¿Qué ceguera más limpia que el silencio?”. Lo primero que notamos es que estamos ante preguntas retóricas que no pretenden respuesta. Más que interrogar, la voz poética nos invita a reflexionar una consideración metafórica; nos impele a que interpretemos y luego a buscar, en este orden figurado, otras alternativas.

Aunque los poemas de José Natarén revelan una trabazón semiótica cuyo resultado es conceptual, esto no demerita sus cualidades eminentemente líricas. La contextura rítmica del poemario, aunque no es evidente, permea todo. Las operaciones en la parte material de la lengua son constantes y se articulan tanto a nivel fonológico como sintáctico. La anáfora, por ejemplo, usada con persistencia discreta. La aliteración suele ser subrepticia, pero cuando brota, los sonidos persisten como una obsesión auditiva; algunas involucran más de un sonido. Ya cercanas a la paronomasia encontramos expresiones como juegos de palabras: “antigua angustia”, “palpita, daga la pupila”, “rota torre” y “grita en las grietas”. En cada caso, más allá del ludismo auditivo hay una sugerencia semántica fuerte.

El tratamiento rítmico del verso es lo que nos dice que estamos ante un poema pleno y no frente a una composición poética de indefinición

genérica. Los poemas de Natarén, no se enuncian desde el verso libre sino desde una polimetría. Encontramos que en sus esquemas métrico-rítmicos el alejandrino se presenta con relativa frecuencia con la distribución clásica isométrica heptasilábica. Detectamos abundantes endecasílabos, el rey de la métrica española. Dicen algunos, que por su dificultad (frente a la facilidad del octosílabo) se arroga el título de “verso culto”. A pesar de la heterometría, podemos pensar que los que escapan a las preferencias señaladas no son sino variaciones rítmicas de una constante; la sugerencia de que se trata de una composición musical, misma que indicábamos al inicio para referirnos a la estructura con un fuerte apoyo en la versificación: sobre un esquema más o menos constante se introducen divergencias que no alteran el tempo del conjunto.

La estructura y las figuras retóricas que operan en la semántica y en la lógica delatan el rasgo conceptual, y las operaciones expresivas que van de las recurrencias fonológicas a los esquemas métricos indican el ritmo interior de la lírica de Natarén. Sin embargo, pareciera que nos encontramos apenas en los soportales de su propuesta. Para arribar a una interpretación de su poética tendríamos que delimitar el cuadrante en que se mueve. Según Bachelard, cuando estamos ante una obra digna de llamarse tal percibimos una coherencia imaginativa que se rige por una ontología elemental; de esta manera hay poéticas acuáticas, telúricas, ígneas y aéreas.

La carga semiótica de los símbolos (imágenes arquetípicas) de los poemas de este libro parece indicar que nos encontramos ante una poética

de la tierra, materializada principalmente en la serpiente, uno de los símbolos de la ensoñación telúrica. Su cualidad reptante la mantiene imantada al polvo y confiere un dominio especial. Otro símbolo propio de la ensoñación telúrica que aparece es la raíz, que pierde sus cualidades provechosas (“raíz de sol amarga”), pues el fuego la ha esterilizado. Descubrimos, entonces, que en la obra de Natarén hay connivencia de varias poéticas, y aunque dominan las imágenes de tierra, las de fuego y las de aire se confabulan con las de aquella. Los símbolos ígneos se solidarizan con los telúricos; pero su sentido se subvierte: el sol es un “astro de tinieblas” y el fuego se silencia (“¿De dónde el fuego que enmudece?”). El calor no cobija y, lejos de representar la vida, se convierte en amenaza de consunción, que todo arrasa y consume.

La devastación expresada en las primeras secciones tiene un carácter íntimo que en el poema “¿Quién llama a la puerta?” parece adquirir dimensión cósmica. Escuchamos este poema, es el canto de la tribu, nuestro canto. Lo que en los primeros poemas pudiera parecernos minimalista por breve y autocontenido, en él se transforma en flujo de conciencia, abundancia del largo aliento. En los primeros captamos los ecos de Shakespeare, Calderón, Paz, y de Gorostiza; en éste, sin que hayan desaparecido los versos que nos remitieron a los poetas, se destaca mayormente el canto delirante de un Milton, un Vallejo o un Dámaso Alonso que se enfrentan a dios, a un dios ciego. En los primeros aparece la serpiente, reminiscencia del Génesis; en este, el reptil se transfigura en el dragón del Apocalipsis. El ambiente sombrío se torna lúgubre:

“Oscuro original”. El lenguaje que allá —dada la estructura cerrada de cada poema— nos parece potencia numinosa semejante en profundidad a las imágenes del rey David, acá se transforma en un tono estentóreo, profético. El desencanto que apreciamos en los primeros aquí se vuelve desesperación herética: el verso “¿Quién nos llama a rezar una oración de nadie?” casi nos invita a sentir simpatía por el diablo.

Desde la fecundidad simbólica de estos poemas nos percatamos de que se trata de una creación auténtica; los símbolos no resultan de una densificación conceptual producida por la historia y la cultura. Natarén somete sus imágenes a un proceso de transvaloración que trastoca el orden epistemológico y su posible acarreo ético. Así se instaure un simbolismo que origina un mundo singular de significados reconfigurados en el interior de cada poema.

BELLÍFICA

*Escuchen el estruendo de la voz de Dios,
el trueno que sale de su boca.*

Job 37:2

I

MISTERIO DE LA LUZ

Me perturba el misterio de la luz
su condición de llaga y de cuchilla
de vestidura y desnudez, de máscara
y mirada sin rostro
de sagrada sangre, presencia pura
de la carnalidad.

Cuando ruge y al océano enrojece
y el estruendo traspasa
el umbral entre vivos y entre muertos
cuando la furia del relámpago resuena
el trueno que sale de su boca
enemigo temblor requiebra el horizonte
y se desgarran el velo de la noche.
Cuando el silbido cínico del pájaro de luz
eriza la pupila mineral
—que se ahonda al filo de la angustia—
y me recorre.

Y cuando no ensordece,
me turba su mutismo:
La muerte es el misterio de la luz.

Me reconozco en el insomnio del vidente
—pródigo de profecías, maldiciones por igual—
inhalo el aire negro el polvo amargo
del muérdago que alienta a los durmientes.

Presagio de sibila me dirige
musito los misterios de la noche
y desafío la diestra de la cólera.

Deambulo en el jardín de los incendios
en la ceniza roja me sumerjo
en el rumor humeante de las ramas de encino
—sonoridad espesa me satura
el fuego de la acacia me recubre
y la zarza febril, la llama misma
la pupila enardece.
Al fin,
inhóspita insolencia me calcina.

La bella de la zarza
engaña a los arcángeles
ebrios melancólicos —estrellas moribundas—
se estremecen.

Desgarra la garganta al cielo de los ciegos
necia ceniza, polvo de la muerte
el polen de sus alas
se esparce entre la niebla hacia mi rostro.

Escucho a la mujer con siete dagas en el pecho
su música de siglos me seduce
luz que nace y se fuga del jardín.

¿Cómo negarme?

Cigarras acechan las murallas,
langostas como estrellas,
legiones de luciérnagas descienden.
Albas polillas
y moscas, lunares de negro sol
se precipitan.

Entre árboles oscuros
la parvada más antigua acecha.
Pájaro ciego el iris picotea
cuervo la noche pico de diamante retorna
vuelo de buitres en torsión de luz.

A la izquierda de la serpiente reptan
raíces diamantinas se derriten
relámpagos de gozo entre el celaje
se liquidan.

A lo lejos —lenta— canta
la flor del sortilegio.

Inicia el incendio en templo de cristal
arrasan mis pestañas esquivas de luz.
Sierpes sin fin encienden la garganta
las sierpes en la sangre
las sierpes en el vientre
serpientes en la luz de la caída
del sueño al dolor original.

Sobre fragmentos de espejos, despierto.
ni arcángel ni reptil me reconozco:
lágrimas de azufre cicatrizan líneas rojas.
lengua flamígera, ojo de serpiente
es daga la pupila palpitante.

La serpiente recorre la penumbra
laberinto de espejos su mirada.
Con nombres de la noche
—plegaria de la muerte—
doncella en cementerio
desgarra la mudez del aire
busca al dios sobre hojas de oro
antigua angustia que el asombro embiste.

Ciego dios que me entrega a su sueño
en el pecho del pavor
sella signos bajo mi lengua.

¿Qué palabra luna alumbra la mirada hasta el alba?

El heraldo avanza como el miedo y la marea
—Mañana y mañana y mañana avanza—
no se detiene el ángel en éxilio,
quiebra arcas y vasijas de la noche,
arrastra las estrellas furibundas
hasta la celda del cautivo, reptá.

“Dínteles purifiquen con la sangre
del cordero antes que la noche caiga
y el espanto envilezca la memoria”.

Se tiñen del otoño
los mástiles y astillas
mirtos y cedros, santos
cubiertos de ceniza.

Del guerrero la cólera sucumbe
su cuerpo permanece entre el polvo y el calor
se destroza entre las ruinas del oráculo
la tiranía del sol.

En medio del desierto las aves enmudecen
engullen de la tierra las entrañas.
Crepita la amargura en la pupila
naufraga la esperanza en la ceguera
del justo, de rodillas frente al fuego.

Entre sueños escucho:

“La bella de la zarza canta el cuento
que la encanta y enceguece a quien observa”.

Descifro la palabra que se oculta
y grito el nombre que nos crea
palabra a la mitad del estallido
ráfaga de cristal para los ojos

Sangro en cascada
surco la herida de la noche
en la palma y el costado
la sangre sabe a sal
en rojos mares se derrama
licor de la soberbia.

Seco grito la boca sella
aullido de la luz
sanguínea marca al centro de la luz
muestra el misterio de mi nombre.

Mi voz
confusa ceiba al centro de la sangre
entre vidrios serpentea, recorre la penumbra.

Mi voz
como la sangre de los sabios
—savia del ensueño en la vasija—
por el deleite de la turba se derrama.

La bella de la zarza
enciende sigilos febriles
mientras miríadas de astros
se arrojan sobre el verdor nocturno.
Con cantos cavernosos se deleita
con tambores que aturden
su cabrío corazón
entre el grito y el murmullo se debate.
Roja vértebra se abre en sacrificio
se desgarrá hasta la albura.

Mudo y sordo de la soga pende el ángel
en la noche se sumerge y principia
el equinoccio.

¿Cuándo despertaremos del sueño mineral?

Abofeteo al durmiente
manotazo contra el tiempo y el olvido.
El Destructor despierta, se reconoce en mí:
relámpago en la zarza, susurro de vacío.
Huérfano y estéril, ciego dios
vislumbra nuestras manos
me entrega a su sueño irrefrenable
con garras invisibles sella signos bajo mi lengua.

Contra el sueño del alba
el astro de tiniebla se derrumba
antigua angustia al asombro embiste
rota torre, derriba nuestro cuerpo
vaso de sombra, cáliz del dios ciego de amor, enfermo.

Señuelo del ensueño no afirma o niega
el dedo sobre el labio, indica su designio: silencio.
Neblina en el espejo absuelve de su imagen.

En el hueco de una estrella
diminuto planeta de penumbra
desaparezco.

II

¿QUIÉN ALZARÁ AL BOSQUE?

¿Quién es el autor del mar y la memoria?

¿Quién parió al tiempo y los luceros?

¿Quién los trajo desde el fondo de la página?

¿Quién permanece a la izquierda de la sierpe;
quién a la diestra de la cólera?

¿Quién, adentro alumbra la inocencia
desde nuestro nacimiento?

¿Quién sella los labios
y responde cuando sólo
somos?

¿Quién reconoce al ángel epiléptico
en abstinencia prodigiosa?

Bajo la lengua vibra y del pecho brota
como serpiente macabra en roja danza.

¿Quién me reconoce
sombra sobre su cuerpo
grano de sal, color enfermo?

¿Quién llama a la puerta?

¿Quién llama a la puerta, quién escucha?

En la ciudad de los videntes
la puerta entre el sueño y la vigilia
se abre a una luz inédita
rayo que se refleja al infinito
en esta cámara de espejos.

Adentro, una ventana abierta al mar
y un telescopio apunta más arriba,
hasta el centro del mundo
apunta más alto que la luz
al oleaje de imágenes primeras
al puerto de la noche
donde esfinges cuestionan la razón
de los naufragios, tejen y destejen
los lienzos con escenas de jardines
del palacio de la sabiduría
el sitio de la sílaba lustral.

Van preñadas de símbolos y signos
las nuevas creaturas creadoras de mundos,
emergen del sueño hacia el alba
madre de todos los seres vivientes.

Madre del hijo enamorado y el padre siempre muerto
se revela con miles y miles de nombres de astros danzantes.
Caravanas de espectros en fuga de sus ojos
como sílabas del nombre primordial se encienden
chillan de júbilo en el valle de la muerte
se erizan los cabellos de las niñas de la noche
por el aullido del cantante tiemblan
saltan de la torre herida por truenos que salen de su boca.

Dos muchachos en la playa discuten
si es posible transformar la realidad
por el desarreglo sistemático de los sentidos.
Si en efecto todo es infinito o ilusión
si lo único posible es cantar hasta el amanecer
prepararse para el vuelo nocturno
y beber del cántaro estelar hasta romperse.

Doncellas ya no danzan la densa sinfonía
no ceden a los ángeles del juicio

—mujeres con espadas en el pecho—
de lágrimas vacías las ánforas derraman
sobre las sombras de la carretera.

¿Quién nos llama a rezar una oración a nadie?

Escucha al criminal, al delirante, al santo:
no somos más que dioses, sólo extraños.
Enciende el sagrado fuego
la hoguera en la que un dios
conoce a otro hasta que el espanto
en culpa se coagule.

¿Yo soy o soy otro?
¿Somos el haz o el envés?

Escucha: los nombres primeros, los últimos.
Cantiga de la tribu, no mía, ni tuya: nuestra.
No basta nuestra cinta con imágenes, mudo largometraje,
debemos decir lo que grita en las grietas del mundo:
si cada hombre conociera
la ecuación del movimiento alrededor del astro
que siempre añora.

Si cada mujer recordara.
Entre más luz y más sonido
la masa se acelera hasta el fotón
la hora se prolonga y todo pasa
por ojos de agujas minuterías.

Sibila silba negra melodía y violenta
al viento viejo augurio:
“la redención no llegará”.

Derriba al dios y a sus heraldos.
Rueda hacia la roca en llamas
hacia el espejo en que se mira
otro, enamorado de sí
cae hasta el fondo de su propia vista:
urdimbre, la espesura, cuerpo oscuro
todo arde, crepita el libro negro, sin estrellas.

El dios se desnuda, no es más que infante enfermo
solo ensaya destruir al universo
y a la lengua materna que lo anima.
En su diestra, el arpón para herir a la antigua serpiente
bebe los elixires del odio hasta el hartazgo.

Ebrio marino en su barco de vidrio
yace como Marat
en París y muerto a tiempo.

La bella se estremece frente a él.
Muchacha melancólica entre sueños
estalla contra áncora de luz.
Roja cabellera en el espejo
la sangre de la novia se derrama en todo el reino.
“El rey amó a la mujer escarlata y a la muerte
y nada más que a ellas.

Odió a los reyes, los nobles, los sacerdotes, los ricos,
[a los mediocres”.

¿Recuerdas el templo solar en el valle de México?
¿O sólo el polvo lunar de los ángeles?

La poesía nunca salva a nadie de nada
tampoco nos prepara ante la muerte
tan sólo auspicia el gozo
del mundo y la palabra en el desahucio
como es, desde el Principio.

“Más allá de este momento, las órbitas de los planetas no pueden predecirse”. La radiación arrastra astros hacia el centro hacia la puerta que se abrió hace ya cien mil millones de años.

Cierro los ojos y despierto:
Me percibo: otro: me habita.

Este es el final, mis amigos
este, el origen
principio de todo cuanto es:
el deseo, sed de eternidad.

Nadie despertará
nadie verá al tigre en el bosque de la noche
nadie responderá si llaman a la puerta.

La luz de la catástrofe
se fuga hacia lo eterno
el silencio sucumbe ante el Silencio.

En la puerta la sibila con el índice entre labios
ya no juega con sus cartas.
La imagen nunca miente ni dice la verdad:

¿andarás la solitaria noche por el infierno y paraíso
alcobas del reino que fundaste en tu corazón?

¿Escuchaste la canción dorada en tu interior
llover hasta el primer relámpago del mundo?

Todo vuelve al vientre de su madre,
la serpiente a la diestra del señor.
Vuelve el padre vuelve el hijo al Oscuro original.

El rito finaliza. No se toque la tierra
impura por el sueño del centeno.

Más allá de las mitologías, la imaginación
fruto del árbol del bien y del mal
persevera en la caída
persiste en espera del sol.
Nadie la escucha, nadie llama, nadie abrió las puertas.

Herido hasta el silencio
invoco en la pupila de mi padre
—ventana en llamas—
el sueño que me forja y desarraiga el corazón.

Si nombro la tristeza en la pupila
del hijo que me nombra,
mi rostro en el espejo palidece
y sólo reconozco la respuesta
al inútil enigma de la esfinge:
el augurio amargo de mi sino.

¿Todo cambia o se repite,
cede o vuelve a ocurrir?

¿Sólo el balbuceo impide la ficción de cada hombre?

Aquí, en la caricia de la sogá bienhechora,
el fuego y la escultórica pendencia
del cadáver retando la locura
con la pupila absorta en la ventana,
se fuga entre el destello de cristales
que se quiebran en el principio del deseo,
la voz líquida límites, avanza la belleza
—alba línea escarcha la memoria—
en el instante pétreo de la herida:
eterna nulidad.

Aquí revela el desarreglo sistemático
del mundo, hasta alcanzar
la fuga de la angustia.

Se desencajan rostros bajo el restro
—reflejos de cristal humeante—,
nombres bajo mi nombre.
Amarga claridad agrieta el horizonte,
enmudecen los signos paliativos del horror.

Nocturno florecer, el fruto se desprende:
mi cuerpo luminoso en la caída.

¿Qué herida más sangrante que esta luz,
qué ceguera más limpia que el silencio?

Ninguna. Nadie reconoce nada.

Alguien dice:

—la luz nunca se agota.

Cuando ella se agudiza en la garganta,
alguien devuelve el aire contra el viento.

Nos escucha y enmudece hasta la amnesia.

Alguien observa.

Alguien

no respira.

III
PALABRAS, PALABRAS,
PALABRAS

El miedo no enmudece
se enrosca y se confunde
desde el alba del mundo
y hasta el confín de la noche
como la soledad y sus secuaces
los soles solitarios colgados de la soga
al centro del patíbulo
al centro de la calma
que nunca alcanza en sueños
ni despierto.

La palabra cabalga este sueño
se fuga de la muerte, reino de cigarras y candelas
hormigas y alquitrán, avispa y aguardiente
mina de monos mudos, manada de sombras
veta de preguntas nutricia al pensamiento.

La palabra —laguna de mil voces— se derrama
la palabra —sanguínea— se colma de infinito:
se ahoga de belleza.

En la estación de la venganza inicia
la blanca pesadilla
y el blanco despertar:
a la novena hora en el noveno círculo
se desgaja
el grito del espejo entre la angustia
y el tajo de la muerte
se angosta hasta la arista hasta los vértices
del vórtice que agita el corazón.

Con la marca del destierro
—garra de ángel sobre labio de doncella—
la esperanza se abandona.

Si con flagelos de fuego
la realidad no me golpeará entre la brisa
si ahora no estuviera de pie y ojivendado
frente a legiones de bestias sin rostro
que chillan como ratas en el incendio.

Si una multitud de ciegas voces
corriera en la embriaguez del final del mundo
y no viniera a desollarme la blasfemia del retorno.

Si me hallara en mi bastión de gozo —telaraña del sueño—
Si de pronto despertara y no hubiera mas que luz
a punto de brotar de mi garganta.

Pero nadie me absuelve,
estoy entre altísimas tenazas de la noche
y recibo la primera bofetada, el fulgor:

¿Por qué nunca amanece?

El hombre mudo despierta en la jaula
de la ira matinal.
Conoce su condena, no descifrarse nunca.

“Si tú no odias el fracaso,
lo odiará, el que sobreviva.
Pobre ángel de la zarza.

Ay de ti, sólo sueñas cementerios
manicomios y cárceles
las mismas sinagogas de tu engaño.
Ay de ti, hada, sirena y sombra, sólo sueñas,
de ti sólo persiste
raíz de sol amarga”,
despierta y vuelve al mundo
celda donde todo hiere.

Podría yacer mil años,
dormir hasta vencer la muerte.

Atravieso cuarenta y nueve noches
los siete reinos de la Tierra
donde ángeles descienden sin cordura.

¿De dónde viene el vértigo al cerrar los ojos?

¿De dónde el fuego que enmudece,
cuando hundimos en el fango las rodillas?

IV
FALSO FUEGO

Al cielo desafío
conjuro la desdicha
con furia de sirena
bebo relámpagos hasta la sal del alba
cardúmenes flamígeros recurvan
hacia el vientre, retornan marejadas,
advienen variaciones de naufragio.

¿Acaso impedirás la vocación
de amar a la deriva
si el delirio es la última estación
de gozo?

Colmena en llamas, la noche alumbra: riña de luz contra luz,
como la avispa en el fuego, la estrella cruje: lumbré su agujón.
Polen de amapola en la hoguera anuncia el despertar.
La zarza se enciende: la bella canta. Memorial de las claves:
“océano” y “fuego”, “relámpago” y “sueño”. Sinfonía de luce-
ros. El miedo se disgrega si la flor aliada del oído aguarda. So-
les en el iris borbotan, irradia el cuerpo, avispero de imágenes
primeras. Al final despertaremos del sueño terrenal.

Canta la hechicera y su canción embruja.
Ella canta y su voz
revierte la espesura de las eras
atranca de los días el fastidio
culebra entre la bruma
lumbre entre tronido de metales.

Ella canta y yo respondo:
seamos sonoro barro
incienso en el altar de los prodigios.

Ella canta:
Sea la fuga
antes que salga el dios de su caverna.
Sea el sol
Sea luz erguida
o postrada en las naves del exilio
Sea luz para los ciegos
y sea ella el ojo mismo.

Dirija esta sinfonía de luceros que le anuncia
Dirija de los mundos la deriva y al cielo cimbre en su descenso.
Llévenos con ella.

Al despertar del sueño
arde la Palabra, mineral iridiscencia
cimienta de las eras, tiranía de la roca
en llamas, al principio
el gorjeo de la brasa y la ceniza
ebulle el horizonte, carburo refulgente
lámpara ciclópea, claridad de uva oscura
de carbunclo y de carbón.

Oh, alumbramiento de oro y de diamante
Amanecer de lirio y bugambilia,
de lince, de tigre y de león,
las garras como incendio en la hojarasca
felino crepitar de las edades.

En fuga se disuelve, la luna en agonía
la bella de la zarza entre la niebla
sin máscara, sin nombre, se complace
el dios reptil repite
por siglos de los siglos su epitafio:
Hermoso es lo feo y lo feo es hermoso¹
Mas los sueños ¿sueños son?
y los muertos muertos están?

El dedo sobre el labio, indica su designio
nada permanezca cuando despiertes.

1 Cantan las brujas al inicio de *Macbeth*.

En el nudo de la horca
la bella de la zarza y el dios relámpago se funden
danzante caravana en silencio los rodea.

Máscara de la noche se disuelve
neblina en el espejo
absuelve de la imagen
en el tiempo final del universo.

V
CASTA DE CUMAS

*Oscuros iban en la soledad de la noche,
a través de la sombra*

VIRGILIO

*Castaño Andrea no tenía medida ni color ni dibujo,
Envidioso y colérico era
Domenico Veneciano ilustre pintor
fue estropeado por este malévolo.*

GIORGIO VASARI

Frente a la puerta de la estancia antigua
la loca de la casa de piedra y espejos con vista al abismo
contempla lo que permanece:
La Sibila Cumana de Andrea del Castagno, parricida.
Observa la reproducción del fresco
contra él la devastación del muro
verdinegro memorial de ruina.

La joven profetisa
de verde vestidura, estola carmesí
y palla de la rueca de las parcas
sostiene el libro con la mano izquierda.
Con índice de fuego señala lo celeste
desde el principio y hasta el final del tiempo
como el sabio de la Escuela de Atenas
como el mago del mazo de cartas
la maga apunta como pinta
para aquellos que escuchan
sibilas y sirenas por igual.

Ella conduce hacia el rey en penumbra
cuando las aves vuelven
del jardín de la doncella negra
con la rama del árbol
áureo como el alba en la memoria del mago
de Mantua a quien los césares
adeudan la valía de la sangre.
Entre vivos y muertos, entre ángeles
y ancianos anda.

Cuando la luz penetra la ceguera
se palpa el rostro y no se reconoce,
atónita de sí
secos surcos donde antes era
sonrisa de la rosa.

Desde la grieta en la que aguarda
la muerte la repudia.
Endemoniada o histérica
según el siglo en que se mire, antigua
como la lengua
la muchacha marchita canta a quienes
rasguen el velo y escuchen
hasta que la visión del fuego y lo nefasto

se imponga al poderío terrenal
a los últimos reyes de la ciudad doliente.
Más allá de las puertas del sueño
el tiempo vuelve todo anhelo horror y frío:
solamente lo fugitivo permanece y dura.

Supe que era inmortal cuando la copa
de ceniza dorada de mi boca
apartó como el agua del fango por el fuego,
y supe que era roja en la tiniebla
del tedio, a la luz de la melancolía,
estrella humana, sola en todo sitio
entre los ángeles tristes del Oriente.

Cuidado en el sendero de la sabiduría
cuidado con el dios, perverso por principio.
Concede la videncia o la locura
si la vasija no resiste el fuego
que él escancia y aniquila.

Cuando habla con cien voces a la vez
desquicia a los mejores, se complace
con sus máscaras rotas
y juega con culpables e inocentes
que aman —y odian— como las sibilas.

El dios desconoce la cordura
agónico se anuncia con la risa del idiota
chilla y bufa y se retuerce o se enquistas
en catatonia, ciego, sordo y mudo
echa a andar al mundo hacia el desastre.
La escena se repite cada noche

desde hace nueve siglos
(el delirio dura siete horas y quince días).

El eco de sibila se desdobra
en la mudez del aire
plegaria estéril de luz
resuena entre las puertas del oído:
“Las hormigas horaden
labios y muslos piquen
pájaros las piernas del mancebo
oficien el festín en vientres vírgenes.
Los ángeles enfermos, de rodillas,
las manos de las santas mordisqueen
y en odre viejo sangre y vino beban.

Que el incendio gozoso
venga y desgarre el lecho de los niños
alto fruto del árbol del presagio
como puño de cólera descienda
herido por la espada.

Relámpago en el bosque de espejismos
a los yertos y justos, a los castos humille

y sus hijas celebren el sepelio
del padre y la madre y el hijo del hombre.
Sólo ceniza en silencio persista
sólo sea la sombra de bellos cuerpos
de vuelta a la boca del abismo.
Nadie exista
no más”.

Furioso fulgor de soles en celo
se desparrama y arrastra a los durmientes.
Ya nadie detendrá
el curso del tropel de la venganza
sobre la arena hostil del vértigo.

El tiempo de la estrella escarlata se cumple
se anuncia con dolor de alumbramiento
tiñe la túnica de la Sibila:
los pórticos se marcan con la sangre
y con plomo la frente de los muertos,
en las fosas sin nombre,
en la noche sin voz desaparecen,
muchos más que los granos de sal sobre la arena.
Dominio de voraces astros crepusculares
avasallan los cuatro costados del espacio
y todos los poderes, ciegos siervos
simulan en silencio.

La visión persevera
vuelta victoria de la voluntad:
la anciana se deleita con el final del mundo
la niña con la muerte de la madre
del cielo y de la tierra, de todos los vivientes.

Al fondo de la imagen
las vírgenes celosas siempre acechan
y Belílica, reina del abismo, aguarda
de pie desde el principio del poema.
Al centro de la sangre
desnuda, oscura, real.

Aletea o camina sobre la piel del mar
mientras espesa negrura recubre a lo lejos
el cuerpo siempre hermoso de sus hijos.
En vela permanece
como astuta estatua
por la sonora decapitación
del alba.

Sea tu condena, Amada, el cautiverio
en la caverna.

Al centro de la sangre perseveres
rosa roja en la noche de los ciegos
antigua como la lengua y el terror
trueno de cólera que te resguarda.

¿Cuándo te elevarás
del sitio de la sombra?,
¿cuándo tu desnudez
redimirá al anciano de los días?

¿Para qué escribir mientras al mundo
se revelan los dioses enemigos
con sangre negra y turbia,
pestilencia del Tártaro?

¿Qué holocausto ofrendar a la mujer
que recorre esta página, si el deseo
noche y día es la muerte?

VI DE SOL CANSADO

*Empiezo a estar de sol cansado, y bien quisiera
que el estado del mundo aquí se deshiciera*

MACBETH

Acto V, Escena V

¿Qué somos?

¿La flecha en el disparo
hacia sí misma disparada?

¿Cuándo y dónde
el perdigón nocturno
—o nuestra propia emanación de gozo—
al fin nos matará?

Hurgamos en la noche, buscamos nuestro rostro en el revés de la ventura. Hálito hurga en la garganta profecías. Fatiga furibunda desgaja nuestra voz cuando el juego de espejismos enceguece.

Vestigio de embeleso, voltaico vapor asciende. Presagio de espada pulsa la sangre. Volumen de signos en cámara de espejos, el libro de la virgen de la zarza, prisma herido por el trueno que sale de su boca, refleja al infinito las imágenes del fin del mundo. Como daga en la llaga, el día llega.

Con cien manos extintas,
el día —gusano enamorado de sus frutos—
nos desgarrar, sueño de dios
herido por su propia refulgencia
arrastra nuestra desnudez
como un tren rumbo al desastre
al fondo de sí mismo
pájaro incandescente picotea nuestras vértebras.

Reñimos con los signos de la vida
aunque el mundo —ciegamente sordo— se desnuda.

Se oculta nuestra sombra entre la gente
como el vinagre entre la sangre
veneno alevoso en la epidermis.
Sin rostro, alguien nos reclama en la derrota recubierta.

Danzamos en el arco del silencio
olvidamos todo nombre anterior
a la tristeza

de nosotros sólo queda
la hendidura en la estación subterránea
manotazo de luz
el grito en el espejo al final del túnel.

Buscamos en la noche nuestros rostros
ángeles ciegos pueblan nuestro espanto
observan desde adentro
nuestras máscaras huecas
obligan a escribir hasta el vibrato mínimo del alba.

Caminamos cada noche tan sólo a cambio de acertijos
sólo en la sola noche y por tanta noche solos.

Al amanecer
sombras sobre el cuerpo
en busca de los nombres y los símbolos
nos reconocen.

Buscamos nuestro rostro sombrío por el mundo.
Buscamos el sentido en la barbarie.
Buscamos prodigios, presagios de tregua.
Mas no basta conocer el sitio donde nace el primer hombre
No basta conocer la entraña del sol
o saltar sobre la espalda de la noche
No basta el desconcierto por los crímenes celestes
No basta la canción que anuncia el despertar del día:
Buscamos la mano que cincele con la luz nuestro epitafio.

No vuelva a verse más la insignia: la rosa escapa de la muerte
cierra el paso al nuevo día.

No vuelva más la voz: se ahogue todo nombre
se consuma en el espacio más extenso de la noche
desaparezca en búsqueda del sueño.

Al fin se abisma todo hasta la noche:
nunca más nadie beba
del odre de la muerte.
Ni pueda respirar la Luz jamás
en el caudal amargo, el mundo se calcine.

Resaca de ternura
como saeta de rencor
mordisquea la piel de las imágenes.

Insomnio trémulo, voraz olvido
reflejo intenso en el cristal de la memoria
nos deslumbra.

¿Es posible respirar sin emerger del fuego
sin despertar en los pulmones del dolor
sin encontrar la hojarasca en el derrumbe?

Aquí, allá, dentro
esta voz en la neblina
se esfuma a cada paso
raíz de sol amarga se oculta en la tormenta.

Nada quedará
número, palabra ni canción
ni el puño del sonámbulo
sobre la línea de exterminio.

Me sumerjo en la imagen del relámpago
mi voz traspasa los costados del vacío
frío de la furia, fin de los deseos.

Bebo relámpagos hasta la sal del alba
mas no encuentro el mar, amor ni olvido
misterio de las vírgenes
que al abismo se arrojan.

Desde el alcazar de sus ojos
veo la marea: se enciende,
la sal sobre mi rostro, arrebol
del arrecife.

Vapor de luz arrasa las pestañas
esplendor a la deriva, el crepúsculo.

De mí sólo persiste
el sol, gota de sal,
raíz de sol amarga,
raíz amarga en estío, amarga
raíz de sol, de mí.

Despierto
cubierto de siglos.
Me descubro, pozo desecado
estatua y muro y piedra
me confieso.

Descifro el epitafio de mi generación:
“Todo en la hueca esbeltez de la verdad descansa.
Todo lo demás y lo real”.

Callo hasta los puños.
Crucificado vuelvo al lecho entre la bruma
duermo con la llaga en la garganta.
Cicatrizo el silencio hasta el espejo.

Desaparecemos
sin encontrar el cuerpo.
Ni la bandera a media asta nos consuela:
El cuerpo ausente, sin recuerdos
sombra de su nombre
nunca descansará.
Ni nosotros:
Nunca dormiremos.
Nunca más. Nunca.
Sin nombre, sin tiempo
hondura ya sin dioses.

A lo lejos —muy lento—
naufrega el horizonte hacia lo oscuro
fragmentado y eterno.

VII BELLÍFICA²

¿A quién sino a ti?

Hölderlin

2 *The Most Beautified*: adjetivo para Ofelia en la carta de Hamlet, loco y enamorado. Traducción de Tomás Segovia.

Ingrávida y marmórea, virgen crudelísima
—la que engendra girasoles como cuervos
y de sus manos vuelan y florecen
las horas como olas van y vienen
al ritmo de la danza de sus dedos.

¿Cuándo volverás desde tu hondo señorío mineral?

¿Cuándo, clamor de la pureza,
volveremos al camino de la Gracia?

La virgen de la zarza cierra el paso
a la tristeza.

Relámpago entre espejos,
revela su nombre de astro, su cuerpo celeste:
Girasol de los prodigios, estela
de sal, roja raíz de día, amarga
ceniza en el crepúsculo
auspicia los misterios de la luz.

Su mano de muchacha enciende el río
de la noche y la llama de sus ojos
—herida de las eras—
afila el corazón de los incendios.

Señora de estaciones subterráneas
ser sin rostro serpentea, se fuga antes del alba
al territorio contra el terco sol.

En sueños, el cielo centellea, exhala soles simultáneos, arroyo de estrellas en el pecho. Encantamiento de sílabas, de siglos, de sigilos encarna en la garganta en busca de la rosa que me aturde. Enrojece el rumor cuando la virgen de las vírgenes nos canta.

*Despierta la rosa, reviste sus galas,
ha abierto su puerta;
entre la doncella, que nunca saldrá³
por la puerta abierta.*

—Te mostraré la cicatriz del cielo que advierte el fin de las batallas y la vocación por los aromas y texturas tuyas, memoria de la sacralidad: recuerda, este mundo es el vestigio de las nupcias entre el cielo y la tierra.

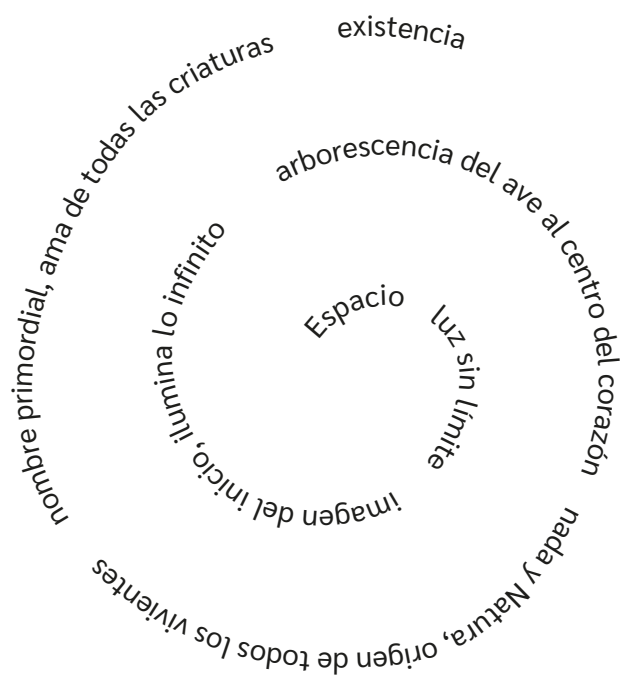
Despierto, con las palabras que la invocan, con el anuncio de su advenimiento. La rosa ya no aturde, la rosa buganvilla, la rosalirio, la rosa gerbera, la rosa silvestre, la rosa más

3 Canto de Ofelia en *Hamlet*.

humilde que cualquier mínima hoja de hierba, la rosa nunca herida de nuevo por la espina del destino, la rosa virgen de las vírgenes. Galopa en la sangre el tumbo de su nombre. Deviene el asombro de la primera pareja que se descubre entre los vivos y los muertos, en la condena al exilio —como al amor— por siempre.

Aquellos días en los que todos los días eran la noche oscura del alma. Aquellos. Aquellos y estos en la mitad del sendero de mi vida, en los que sólo sucede la Belleza, luego de andar entre las sombras y emerger, de pronto, a la nueva vida verdadera. Atrás quedó el poeta, en el círculo de los sabios que no conocieron la palabra que hiere los cuatro costados del destino. Al frente, la muchacha contempla a la virgen en el espejo del tiempo, la testa inclina por la fuerza de la pura presencia y el presente se prolonga desde el origen y hasta el final de la muerte.

En el árbol de la vida, todos los nombres florecen en un sólo nombre: relámpago que arrebató del delirio y procura la cordura del cordero. El nombre nos conduce hacia la puerta primera, de vuelta al Principio, cuando el nombre de la Bella, era. Y la Primera letra no es Aleph, ni Beth, ni hubo radiación ultravioleta o infrarroja, ni ondas gravitacionales, ni ruido de fondo. Sólo se revela el vestigio del grito original, del parto del universo. Y más: antes del tiempo, memoria del trono de luz en expansión se vierte:



Ahora somos uno y dos y tres, siempre tres en el cuadrángulo del Verbo: sol, aliento, el mar, y los cuerpos siempre otros. Siempre más. Nos levantamos y andamos, para alcanzar la gracia de su rostro, el gozo de su nombre. Abandonamos la última estación del valle de la muerte, para seguir el sendero estelar hasta el alba del lenguaje.

Misterio de la luz, girasol de los prodigios en el vientre de la virgen, en el vuelo por los círculos del Paraíso. Mínima traza en la trayectoria de la mariposa sobre la más frágil hoja de hierba, bajo el ciego sol voraz de abril, el más cruel, como la hermosura de la primera mujer, la que esperamos desde nuestro nacimiento, la que hiere de por vida. Valió toda la pena de este mundo, por escucharla rasgar el velo del Silencio:

Deja todo y sígueme al norte del futuro.

Te observo en la cima del instante
surges del revés de la ceguera, en el erial de la vigilia
sobre el desierto del desvelo vuelas
sobre la ciénaga que el corazón habita.

Se humilla en tu mirada la rosa de la muerte
—tu mirada al centro de la mía—
arborece el horizonte al nombrarte en todo sitio.
El límite del mundo se extiende en cada letra de tu nombre
el término del tiempo se oculta en tu sonrisa
que tiene más de eternidad que de sonrisa.

Desata el nudo de la angustia
sosiega el cauce de la euforia.
Devuelve al ángel ciego la flor de su agonía
evanescencia de buscarte sin buscar.

O nada hagas, sólo permanece inmóvil
como antes del primer día del mundo
cuando soñaban en tu pecho
los nombres de los seres y las cosas

los recuerdos por vivirse y los años todos
el alba y su promesa, la noche y su delicia.

¿No es acaso suficiente sembrar la luz en el silencio?
¿Dar a luz a los prodigios del espacio
y a la tristeza del hidrógeno tornarla incandescente?

¿Acaso hilvanar los símbolos del sueño, del agua y la ceniza?

Te pertenece la cúspide del fuego y más:
arroyo de diamantes en vientre de volcán
enardece la espuma danzante de la torre.
Súbita embriaguez, refulge la melancolía
mariposa en la zarza solitaria.

Te pertenece el agua tierna, agua viva, agua miel
de las promesas de los lirios
y el delirio y el asombro como pájaros
de luz en el crepúsculo.

Tu nombre atraviesa con ternura mi costado
y en tu mirada se descubre el signo de la lluvia y de la sangre
en mi pecho, estrellas submarinas siembras y se cimbra
[el universo.

Derribas la promesa de la sombra,
derribas la desdicha con tu voz:
Mi nombre entre tus labios se revela
y me rindo a tu tacto en la penumbra.

En la oscuridad todas las cosas tendidas
orbitan sin cesar, caen sin descenso
sin alcanzar la altura de tus pies.

¿Cuándo encenderás la corona del crepúsculo
tejedora de incendios en el mar?
¿Cuándo alumbrará la Tierra el arcoíris de tus ojos?

Entre la multitud y el frío de la primera hora
el mundo es subterráneo y el cielo una ficción preñada
[ya en tus ojos
donde surge el fuego del que sólo puede hablarse en
[el poema.

Al centro de la luz,
resguardas al relámpago del vértigo
resguardas al ensueño de sí mismo.
Bienaventurados los que canten tu belleza
en una lengua nueva o muy antigua

escritura de luz en la materia
los que cierran los ojos para hablarte en silencio
—los que escuchan—
porque dejas una estela de ternura entre la húmeda tristeza.

Entonces, nos traspasa la nobleza de la herida, ese instante, ese punto por el que toda inmensidad merece ser andada. Se estremece el horizonte entre las manos del que avanza hacia la estrella y sólo eso. La soledad, cabalgante, hoy no despide al girasol de los prodigios, arborescencia de la dicha. Se aleja del periplo del errante:

Vuelve al centro del mundo y la gracia, desciende, encarna desde su trono lunar y funda el día frente al espejo, del que emergen las criaturas y los días; concede el nombre a cada flor y a cada astro que ya emerge de su voz. “Todo ventanal y gozo”, predijo el sabio.

La realidad es más fuerte que el destino: en las pupilas, por las que el ángel asoma la tristeza, arde la región más fría del universo y el corazón solitario recuerda la elegía. La ternura humilla la voracidad del mundo. Se niegan de rodillas la muerte y la mentira.

—¿Escuchas?

No. La canción de los ojos sin rostro se detiene. La sombra pasará sobre nosotros desde el origen y hasta el día del final. La muchacha hermosa prodiga vida y muerte por igual, la vista y la ceguera. La palabra y el oído. Imposible contemplar su rostro.

Sólo escucho recitar:

“El rostro de sibila se revele.

La mirada se rebele contra el reino de lo oscuro.

Sólo sea la voz de la inocencia entre nosotros”.

Silencio.

Contra el tedio y la desdicha, la Bella
enciende el corazón de los incendios,
inicia en el misterio del insomnio
a los amantes salva de la furia
los descubre sin seña de fatiga
ni culpa, ni dolor: recién nacidos
como el mundo por la gracia del deseo,
revela su pasión por el naufragio
hasta el arribo a las doradas cumbres
de la memoria y la muerte del miedo.

¿A dónde sino a la matriz del tiempo
los ha de conducir en recompensa
por derramar la luz de la vasija,
el vino entre los labios
hasta el alba, raíz de la memoria?

Por su estatuaria desnudez se enciende
el silencio danzante
contra la melancolía del mar.
Salta el sol de la llama de sus ojos

y calcina el follaje de la noche
mientras el pájaro de fuego cimbra
el horizonte.

El cielo se deleita con el grito
de la amada y la tierra se estremece
hasta la evanescencia:
palabra a la mitad del estallido
se aniquila en atmósfera de luz
como ola de ternura fugitiva.

Cuando culmine el vértigo del mar
y se derrumbe el trueno de la cólera,
cuando conjures la luz del abandono
y la tristeza calle por la dicha
de los cuerpos que vuelvan del naufragio
y vengan a la costa refulgente donde sólo Ella sea
—la que teje y desteje el horizonte
cada noche, mujer que enciende el fuego
y destierra al prestidigitador de la melancolía—
sin rasgo de vejez, en el olvido de la muerte
con el oleaje de todos los años del mundo.
Cuando el fulgor al norte del futuro
te abra los ojos al advenimiento
de la amada advocación, terrible ángel
en el ascenso del Cielo a la Tierra
prometida de sus ojos, entonces,
sólo ahora, para siempre, canta
su belleza hasta el fin de la penumbra.

Nada permanece más allá del signo estelar sobre los labios
Nada más que la herida en el pecho por la espada del ángel

[del exilio

el ángel que asciende de la noche a los pies de la muchacha
para beber del cáliz, para morder los frutos del árbol de la vida
como el tigre se humilla gozoso ante la rosa
como los cuervos se rinden y cesan de posarse en el ciclamen
como el que escribe amapola en este verso

[hasta romper el borde la semilla

como el que olvida en el sueño, la máscara y la vestidura
para escucharla pronunciar su nombre
antes de vencer la muerte al conocerla, el primer día del mundo.

“Teme la mujer que caiga un meteoro cuando aún no tiene edad para morir”, me escribe. Se acerca a mi silencio y sueña, mantiene en órbita los astros para hacernos dioses. Su voz se dirige a mi vacío, clarifica la memoria. Dibuja una espiral en la pared en blanco y me recuerda.

Ella olvida que el sol desciende cada tarde para devorarnos y destruir al mundo. Se levanta desde otra vida sin temer nada y lo hace caer y descendemos para hacer ceniza de los dioses.

La noche se hace: la gravedad nos acerca hasta desintegrarnos. La bella de la zarza sonríe mientras se derrama el río del olvido.

Olvida al primogénito que nunca nacerá.

[Olvida los ojos inhumanos.

Mi palabra extravía, olvida al mundo, como él te pierde a ti.

En la hora última, no salves nada, no vuelvas

[por la sal de las estatuas.

Avanza, abandona tu tierra, a tu padre y a tu madre.

Nada permanezca por tu causa, salvo, daga a la deriva

[del ocaso

el silencioso ardor de tu mirada al encontrarme.

Bellífica

vuelve ahora del vientre de la noche
para dar a luz al tiempo y al espacio,
engendra átomos, soles de vacío
dibuja las legiones de luciérnagas
que sigan el sendero de tu sueño,
con tu sangre purifica los cuatro
costados del destino.

Virgen maga, virgen castaña de ojos
orientales, suspende la zozobra
en la cesura de tu espera embriaga
con tu canto al hombre que te canta
permite que la fábula
del mundo se sostenga.

Entre las letras de tu nombre, al fondo
de la sílaba silente, la luz
—milagro del encuentro—
derrote al poderío del ángel terrenal.

Reinventa el paraíso, clausura los infiernos
destierra a nuestros dioses melancólicos
desteje sus vestidos
redúcelos a la fugacidad
de la criatura mínima.

Resguárdanos
dentro del corazón de tu silencio,
y llévanos de vuelta
al mundo de los vivos.

Bellífica:

Condena sortilegios y reinventa
el juego de la alquimia, nunca más
murmillos multipliquen espejismos
ni embista la colmena de la sangre,
sacuda el calosfrío de la noche,
temblor de estrella sin refugio.

Atraviesa el torrente de sonido,
repite de la rosa el crepitar.
Retira a los corderos de la angustia,
redime del dominio de las serpientes.
Fustiga a los insomnes
que se alzan en ascenso al festín
del exterminio, rueda la corona
del desastre al último reducto
de la luz.

Después de avasallar a la locura,
—de tus ojos— florezca el universo,
—de la melancolía— el sol retorne,
—al escuchar tu voz— la vida vuelva.

Bellífica,

de José Natarén, se terminó de imprimir en septiembre de 2025. El tiraje se hizo en papel bond de 90 gr para interiores y en cartulina couché de 110 gr los forros. En su composición se utilizaron las familias tipográficas Sarabun, Ubuntu y Adobe Arabic.

